



¡QUÉ TEDIO!

AQUEL á quien los dioses aman muere joven», dijo Menandro; y los que, habiendo pasado ya de la juventud, citamos ó tan sólo recordamos esa melancólica sentencia, ¿con qué espíritu lo hacemos? ¿Sentimos que los dioses no nos aman, pues que nos han dejado pasar de la juventud? ¿Nos consolamos con el cómodo prestigio — esto es: engaño, pues no otra cosa quiere decir prestigio — de lo de la juventud interior? Mas los cristianos no tenemos que acudir á la sentencia menandrea, ni mirar á los dioses. Tenemos á nuestro Dios, que es el Padre del Cristo y de los hermanos todos de Cristo, el Padre Nuestro, y Dios á nadie ha amado más que al Cristo, á Jesús de Nazaret. Y es la piadosa leyenda que el Cristo fué crucificado á sus treinta y tres años, en plena juventud. A los treinta y tres años se los llama la edad de Cristo.

¿Y puede acaso algún cristiano imaginarse lo que hubiese sido un Cristo anciano, y más aún su crucifixión á los setenta años? ¿Se imagina uno al Cristo muriendo en la cruz á la edad en que Sócrates bebió el veneno que le llevó á la otra vida? ¿Se imagina uno á Jesús anciano? Su juventud se nos aparece eterna. Y aun hay quienes prefieren recordarlo Niño. Es en su niñez cuando nos le representamos sosteniendo en su manecita la bola del Mundo, y esta bola coronada por una cruz. El Niño de la Bola es acaso más popular que el Crucificado. Y esto en España.

En esta nuestra España en que es tan triste la vejez. Sobre todo la de aquellos que consumieron su juventud y su virilidad en la lucha.

Y es peor, mucho peor, llegar á cierta edad — *cierta edad*, ¡qué expresión fatídica! — con bríos de brega. Porque á los veinticinco años, como no se tiene pasado, tampoco se tiene porvenir, y ve uno sin horizonte, anegándose en el cielo de lontananza, su campo de batalla en el tiempo; pero á los cincuenta calculase que para cumplir la tarea batallona hacen falta veinticinco, treinta, más años; ¿y quién cuenta con llegar en activo empeño á los setenta y cinco, á los ochenta, á más aún? Y de aquí cierta fiebre de acción que se apodera de algunos cuando llegan á la cierta edad fatídica. No quieren morirse sin ver la victoria que durante tantos años prepararon.

Pero hay algo más triste que le acomete al viejo luchador, y es la consideración y aun el halago de las gentes, de sus combatidos, cuando ya su brazo flaquea, cuando ya su empuje no es temible. ¡Qué tristes honores los honores que sus enemigos de un tiempo le rinden al viejo luchador jubilado! Suelen ser una afrenta. ¡Mejor morirse solo, en un islote de Santa Elena, á los cincuenta y dos años!

¿No te han azotado alguna vez, joven lector, el corazón con este insulto: «ya te irás apaciguando con los años»? Apaciguarse con los años es rendirse á la vileza de los enemigos.

¿Qué español puede leer sin conmovirse aquel viejo romance que empieza:

«Ese buen Diego Láinez — después que hubo yantado hablando está sobre mesa — con sus hijos todos cuatros?»

Cuando les dice:

«¡A vosotros toca, hijos, — no á mí, que soy anciano!»

Y cuando le mete el dedo en la boca al postrero de sus hijos, «que

era el menor y bastardo», y éste le amaga un bofetón, por el que le devuelve el padre «grandes abrazos». Y el Cid toma á su cuenta la afrenta de su padre, topa con el conde, apechuga con él y le da de puñaladas.

Pero hay obras que no se puede encomendar á los hijos, ni aun cuando éstos sean Cides.

«Ya te irás apaciguando con los años.» Lo que se va uno es entristeciendo con ellos. Y entristeciéndose de una tristeza amarga, amargándose. Y más si uno creyó alguna vez haber vencido en algo, porque el homenaje, el tributo de respeto de los que creyó vencidos le demuestra que no fué sino pura engañifa la victoria. Porque hay honras fúnebres en vida. Es más, casi todas las honras que se le rinden á un viejo luchador suelen ser fúnebres.

Todo hombre civil que sea noble y entero está predestinado á la soledad senil; su vejez será un trágico aislamiento. Dios, que no le amó lo bastante para llevarle joven, ó más bien que quiso probarle, le deja una larga entrevista con El, á solas, aquí, en la tierra. Es algo así como una encerrona.

¿Cuánto le queda á uno siempre por hacer! Y mucho más cuanto más lleve hecho. Ni puede saberse nunca si su obra central está por venir.

¿Descanso? ¡No penséis nunca en eso! ¡Recordad más bien los casos trágicos — si es que habéis conocido alguno — de ancianos que han tenido que ponerse á liehar para

sacar adelante en la vida á nietos huérfanos de padres!

Nada más tristemente trágico que el homenaje tardío. La coronación de D. José Zorrilla fué algo abrumador, algo vergonzoso. Habría sido mejor dejarle morir de soledad en un rincón. Aquello — lo recordamos, pues éramos mozos entonces — fué algo que debió avergonzar á toda España. Habría sido más digno y más noble negarse á aquella indigna farsa. ¡Nada de farsas!

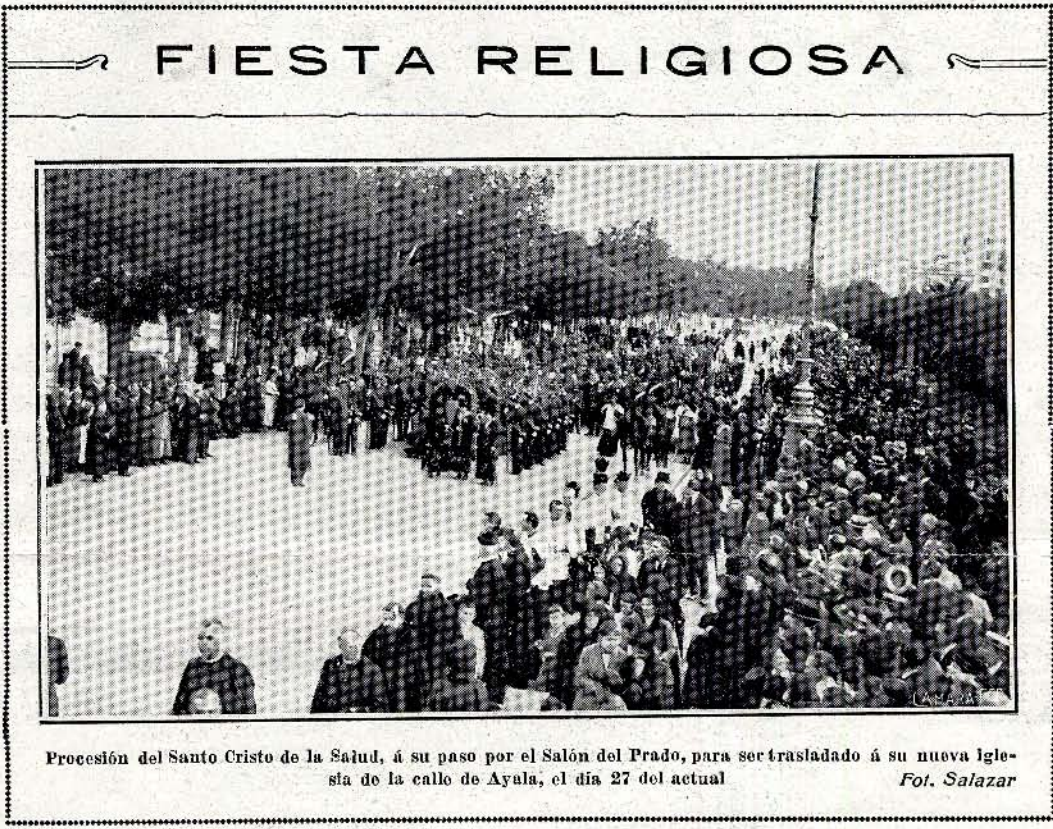
¿Hay, en cambio, nada más grande y más heroico que un anciano vigoroso que se mantiene defendiendo su soledad? Recordemos al viejo y enfermo león de Graus. Parece mentira cómo no resucitó de indignación al recibir, ya muerto, ciertos homenajes.

¿Qué triste es en esta nuestra España el ocaso de los ciudadanos que caminaron, abriéndose paso á destrealadas por entre la maleza, cara á la puesta del sol y con la prisa de llegar á tiempo para renacer en aquella tierra en que el sol nace al ponerse en la nuestra! Les coge la noche y sienten que no les queda vida para esperar el nuevo día.

Y luego á cierta edad — ¡á la fatídica cierta edad! — tenemos siempre prisa; parece que todo se nos tarda. Y los otros, los que nos rendirán el vil homenaje — hay homenajes viles — cuando nos vean ya rendidos é inermes, éstos nunca tienen prisa. Lo que hoy es pronto todavía, mañana será ya tarde, y el fruto pasará de verde á pocho.

Y así es como se malogran tantas vidas que pudieron ser fecundas si hubieran victorias. Porque aquí no hay victorias. Nadie vence nunca; siempre son todos vencidos. Toda batalla termina en general y mutua derrota. O sea en transacción. Y la repulsiva fórmula de «no hubo ni vencedores ni vencidos», quiere decir que hubo un recíproco envilecimiento. ¡Así son de tristes nuestras vejeces!...

¿Qué tedio!



Procesión del Santo Cristo de la Salud, á su paso por el Salón del Prado, para ser trasladado á su nueva iglesia de la calle de Ayala, el día 27 del actual. Fot. Salazar